



Corintios XIII

Revista de teología y pastoral de la caridad

RELIGIONES EN DIÁLOGO AL SERVICIO DE LOS POBRES

Tíscar Espigares Pinilla

Responsable de la Comunidad de Sant'Egidio en España

5. Religiones en diálogo al servicio de los pobres

Tíscar Espigares Pinilla

Responsable de la Comunidad de Sant'Egidio en España

Resumen

En el actual contexto de la globalización, caracterizado por la proliferación de muros y la preponderancia de lo individual sobre lo comunitario, las religiones constituyen espacios donde los pobres llaman a las puertas con la esperanza de obtener respuesta a sus necesidades. A su vez, la atención a los pobres invita a los creyentes de toda tradición religiosa a profundizar más en los pilares de su fe y a ofrecer respuestas creativas, teniendo siempre como fuente de inspiración el Dios de la misericordia. Por otra parte, el amor por los pobres une a los creyentes de las diferentes religiones en la caridad y favorece un diálogo que ayuda a los creyentes de las diferentes tradiciones religiosas a pensarse juntos y vivir una unidad que es reflejo de la unidad de la familia humana. La experiencia de la pandemia del COVID-19 ha hecho crecer en las diferentes religiones la conciencia de la necesidad de trabajar juntas en la creación de un mundo post-pandémico más justo y humano, puesto que nadie se salva solo.

Palabras clave: fraternidad, familia humana, misericordia, globalización de la solidaridad, paz.

Abstract

In the actual context of globalization, characterized by the proliferation of walls and the domination of individuality against community, the religions are spaces where poor people knock the doors with the hope of getting an answer to their necessities. At the same time, the attention to the poor people invites the believers of all religion's tradition to deep in faith's basis and offers creatives answers, having always like an inspiration font the God of the mercy. In other way, the love for poor people joins the believers in differents religious traditions in charity and promotes a dialogue that helps the believers of differentes religious traditions to think together and live in an unity that is the reflect of the unity of the human family. The experience of the COVID-19 pandemic has increased in the differents religions the conscience of the need to work together to create a more just and humane post-pandemic world, since no one is saved alone.

Keywords: fraternity, human family, mercy, globalization of solidarity, peace.

En su mensaje para la 107 Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, titulado: «Hacia un nosotros cada vez más grande», que se celebró el pasado 26 de septiembre de 2021, el papa Francisco afirmaba: «En realidad, todos estamos en la misma barca y estamos llamados a comprometernos para que no haya más muros que nos separen, que no haya más “otros”, sino sólo un “nosotros”, grande como toda la humanidad»¹.

La globalización ha acortado distancias, pero no ha creado unidad, más bien al contrario, el mundo cada día se fragmenta más, crecen las fronteras, se levantan nuevos muros, y son siempre los pobres los que quedan «fuera»: fuera de esas pequeñas burbujas de «nosotros» cada vez más pequeñas y cada vez más numerosas, que dejan a la intemperie un número siempre creciente de excluidos.

En su libro con un título bien significativo, *La muerte del prójimo*, el psicoanalista Luigi Zoja describe con estas palabras esta crisis de los lazos de proximidad:

Después de la muerte de Dios, la muerte del prójimo es la desaparición de la segunda relación fundamental del hombre. El hombre cae en una soledad profunda. Es un huérfano sin precedentes en la historia. Lo es en sentido vertical —ha muerto su Padre Celestial— pero también en sentido horizontal: ha muerto quien estaba a su lado. Es huérfano allá donde dirija la mirada². Y añade: Ama a Dios y al prójimo' decía el mandamiento. Para Nietzsche Dios había muerto. ¿Y el prójimo? En el mundo pre-tecnológico la cercanía era algo fundamental. Ahora domina la lejanía, la relación mediada y mediática. El mandamiento se vacía porque no tenemos nadie a quien amar.

Aunque el tono de estas palabras resulta sin duda excesivamente radical, no podemos negar que en ellas hay un cierto reflejo de la realidad. Lo cierto es que, si Dios muere, muere el prójimo, muere el «otro», muere la cercanía, la solidaridad... y muere también el pobre «a quien amar». Es por eso que las religiones tienen un papel fundamental que desempeñar en el mundo actual, recordando a todos los hombres y mujeres que hay un Dios que es Padre de todos, que todos somos parte de la misma familia humana, que somos hermanos. En su encíclica *Fratelli tutti*, el papa Francisco invitaba a mirar al futuro a la luz de la fraternidad:

Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante. ¡Qué importante es soñar juntos! [...] Solos se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos. Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma

1. FRANCISCO: *Mensaje para la 107 Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado*. 3 de mayo de 2021. Libreria Editrice Vaticana.

2. L. ZOJA. *La morte del prossimo*. Giulio Einaudi Editori, Torino 2009, p. 13.

5 Tíscar Espigares Pinilla

*tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos*³.

Los hombres y las mujeres están hechos para vivir en fraternidad. Ante el debilitamiento del sentido de la solidaridad y la exaltación del bienestar individual, es necesario inventar una nueva fraternidad. Ante esta globalización que ha producido mercados sin fronteras, es urgente construir una fraternidad sin fronteras. Ante la globalización de la indiferencia, debe globalizarse la solidaridad.

La reciente y triste historia del fotógrafo René Robert demuestra la urgencia de globalizar la solidaridad en un mundo donde la indiferencia crece y cuyas consecuencias no pesan sólo sobre los pobres —siempre las primeras víctimas— sino sobre cualquiera. Y es que la indiferencia mata de muchas formas. René Robert falleció de frío en enero de 2022 en medio de una calle muy concurrida de París. Había salido a dar un paseo cuando de repente se cayó al suelo, no se sabe si por un desmayo, pero ahí quedó: en medio de la acera y a la vista de todos los viandantes: gente que volvía a su casa, paseantes, turistas... Pasaron las horas, hasta que muy de madrugada alguien que lo vio (curiosamente una persona sin hogar) llamó a una ambulancia, pero ya era muy tarde, había muerto de hipotermia. Seguramente muchos pensarían que se trataba del triste final de una persona sin hogar, uno más... Pero no, no se trataba de una persona sin hogar, era una persona con casa y con dinero, pero que habitaba en una ciudad indiferente. Nadie es inmune a la indiferencia. En una sociedad indiferente, todos corremos peligro.

En un mundo globalizado que se vuelve cada vez más individualista, las religiones pueden ofrecer a los hombres y mujeres contemporáneos, desorientados y solos, la visión, el sueño para mirar al futuro y al prójimo con más pasión y esperanza. Este mundo nuestro necesita un alma, una globalización espiritual, esta es la mayor contribución que las religiones pueden hacer a nuestro mundo. Como dice el papa Francisco en *Fratelli tutti*: «Todos los creyentes necesitamos reconocer esto: lo primero es el amor; lo que nunca debe estar en riesgo es el amor; el mayor peligro es no amar»⁴.

Hoy es más necesaria que nunca una visión global y ecuménica para vivir: es la conciencia de que todos —hombres, mujeres y pueblos— formamos una única familia. En un mundo asustado y dividido, las religiones son un viento sereno que alimenta la conciencia del destino común entre los pueblos. Lo expresan de muchas maneras y en diferentes lenguas espirituales.

En su sabiduría milenaria, con el fermento de la oración y del contacto con el sufrimiento de los hombres y las mujeres, las religiones son laboratorios de humanidad,

3. FRANCISCO: *encíclica Fratelli tutti*, 3 de mayo de 2020, Libreria Editrice Vaticana. 8.

4. FRANCISCO: *Fratelli tutti*, 3.

son organismos vivos que recogen los anhelos de los pobres, son comunidades enraizadas en las tierras, cercanas al dolor; a la alegría y al sudor de las personas, capaces de acoger su respiro. El diálogo entre las religiones puede dar nueva vida a la unidad de la familia humana, puede reforzar las tensiones unitivas, proponer una lengua pacífica y contribuir de forma decisiva a la construcción de un mundo postpandemia inclusivo, sobre nuevos cimientos de fraternidad y justicia. Lo pueden hacer porque, como afirmaba Paul Ricoeur en su mensaje a los jóvenes de Taizé para la Pascua del año 2000: «por muy radical que sea el mal, nunca es tan profundo como la bondad. Y si las religiones tienen un sentido es precisamente el de liberar el fondo de bondad que hay en los seres humanos, ir a buscarlo allí donde está completamente escondido»⁵.

Hay una gran responsabilidad para los creyentes hoy: la de inclinarse apasionadamente sobre el mundo contemporáneo para hacerse compañeros de viaje de todos, pero especialmente de los más pobres.

I. Los pobres llaman a las puertas de las religiones

Las religiones no pueden vivir encerradas en sí mismas, deben entrar en lo concreto de la vida de las personas: tanto de las que les pertenecen como creyentes de su propio credo como de las que no comparten sus convicciones, pero forman parte de la misma humanidad. El mundo global ofrece nuevas oportunidades a las religiones: sus horizontes se han dilatado y deben ir más allá de su propia historia y situarse como centinelas de misericordia en las sociedades de nuestro tiempo, abriendo su corazón a las necesidades de todos los hombres, especialmente de los pobres. Por eso las religiones están llamadas a hacerse cargo de los pobres, frecuentemente rechazados por su incomodidad o bien muchas veces mirados con desconfianza como si fueran personas peligrosas.

Las religiones llevan inscritos en sus cromosomas la sensibilidad para mirar al mundo con profundidad y reconocer las necesidades y anhelos de las personas y ofrecer una respuesta adecuada. Todo creyente conoce los grandes pilares de su fe, los puntos firmes sobre los que se abre su camino hacia el Absoluto, hacia el Omnipotente. Un pilar central es la misericordia, es decir, la compasión. En los textos sagrados, estas dos palabras, de significado similar, se repiten muchas veces para expresar la actitud con la que Dios actúa en el mundo. Pero las mismas palabras sirven también para indicar ese comportamiento que los creyentes están llamados a asumir viendo lo que está escrito en la sabiduría antigua de los textos sagrados.

5. PAUL RICOEUR: Mensaje a los jóvenes de Taizé. Semana Santa del año 2000.

5 Tíscar Espigares Pinilla

Por ejemplo, en el Islam es habitual comenzar un discurso con la invocación al «Dios Clemente y Misericordioso», que se encuentra en el inicio de todas las suras del libro santo, el Corán. O bien en la religión judía, cuando se leen los libros que contienen la revelación hecha a Moisés, se encuentra esta frase pronunciada por la voz divina, como identidad del Omnipotente: «Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad» (Ex 34, 6). Palabras semejantes aparecen en la Escritura cristiana, concretamente en la carta de Pablo a los Efesios, donde el Eterno es llamado «Dios rico en misericordia» (Ef 2,4). También el budismo subraya la importancia de la compasión como uno de los principales caminos de crecimiento espiritual, y en los Evangelios cristianos se lee incluso esta advertencia: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36). Y se podría continuar.

Estas palabras sagradas constituyen un tesoro que debe ser utilizado en favor de los pobres. Los pobres llaman a la puerta de las religiones del mundo. Son millones de personas heridas por la vida, que sufren hambre o sed, que son golpeadas por las enfermedades y están sin protección, que son llevados a la cárcel y allí pierden la vida cada día, que se convierten en refugiados de un país a otro, muriendo con la esperanza de pensar que habrá una vida mejor sin guerras ni violencias. Los pobres son muchas veces «peregrinos de paz», personas que no buscan nada más que vivir lejos de esos horrores que les han llevado a padecer situaciones terribles y de gran sufrimiento. Todos sabemos cómo, especialmente estos últimos tiempos, miles de refugiados atraviesan el Mediterráneo desde Asia o África buscando una vida en paz, la que la guerra, la malicia o la injusticia de los hombres no les permiten tener. Son una multitud de pobres, hombres y mujeres, niños y ancianos, que llaman a las puertas, también a las puertas de las religiones, buscando una vida humana y digna. Las religiones no pueden cerrar las puertas a esta llamada.

Para ello es importante que las religiones extraigan todas las implicaciones de su fe en el Dios de la misericordia y la compasión. Las energías espirituales que poseen representan un bien para todos, sobre todo para los pobres. Es más que evidente, es lo más lógico y natural que los pobres llamen a las puertas de los hombres y de las mujeres de religión, porque comprenden que en la casa de Dios debe haber siempre un lugar para los más pequeños y necesitados. Los pobres confían en el Dios de la misericordia y lo hacen con la oración, pero también buscando la ayuda de los creyentes, pensando que nunca rechazarán a un ser humano en necesidad, porque donde se vive en nombre de Dios no se puede rechazar a ninguno de sus hijos.

Los pobres son «universales»: atraviesan todos los continentes, todas las edades, todas las situaciones humanas que se puedan imaginar; por eso la presencia de los pobres en una sociedad es siempre una fuerza de unidad que pone a

prueba la universalidad del amor de los miembros de esa sociedad, independientemente de su credo religioso. Es muy ilustrativa en este sentido la parábola del juicio final del capítulo 25 del evangelio de Mateo: al final, el juicio sobre la vida de las personas no se hará en base al cumplimiento de una ley, ni sobre principios o ideas religiosas, sino exclusivamente sobre el bien realizado, sobre la misericordia practicada. El juicio final, es, por tanto, un juicio universal, con un criterio también universal, que puede aplicarse a cualquier hombre o mujer, independientemente de sus creencias religiosas. De hecho, todo hombre y toda mujer, en su radical humanidad, han tenido y tienen siempre la posibilidad de introducir una semilla de bondad en el mundo.

Con la llegada del mundo global se producen intercambios continuos de población, y los conflictos y las guerras que golpean hoy el planeta ven implicadas a las religiones de forma significativa. En este nuevo contexto ha crecido el número de pobres. Por ejemplo, la guerra hace que las personas que tenían una posición de bienestar tengan que dejar su casa y sus propiedades y caigan en la necesidad más absoluta. El número de pobres crece también por la incertidumbre de la economía de las diferentes regiones del mundo, que obliga a muchos a transferirse a otros países, donde se trabaja en condiciones precarias o donde se sobrevive en la necesidad extrema. En consecuencia, ante toda estructura de culto religioso (una iglesia, una mezquita, una sinagoga o un templo) se abre un mundo complejo donde los pobres, autóctonos o extranjeros, se convierten en una pregunta y en una petición para los que se dicen seguidores del Dios santo.

En un mundo que ve cómo cada año crece cada vez más el abismo entre pobres y ricos, las religiones tienen que tomar la decisión de defender la parte más débil. La misericordia es siempre creativa y permite descubrir nuevos caminos cuando ve las necesidades de los pobres y se conmueve. Un corazón movido por la necesidad de los demás seres humanos encuentra caminos que nacen de su propia religión y que quizá todavía nadie había recorrido. Los pobres hacen crecer la misericordia en nosotros y hacen que nuestro corazón sea sensible a toda persona humana. Ellos favorecen un encuentro renovado con nuestra tradición religiosa y, con ellos, la religión se purifica del polvo de la costumbre y de la dureza de corazón que impide caminar en la alegría de la fe.

Toda religión necesita siempre purificarse, por esto la historia muestra cómo de vez en cuando se alzan voces desde dentro de cada tradición religiosa que apuntan a una renovación de la vida espiritual en base a una fidelidad más sincera a los principios fundamentales. Generalmente, estos momentos están vinculados a algunas personas que han vuelto a encender la llama de la verdad y de una práctica más fiel de la religión, con mucha frecuencia en relación con los pobres. Es el caso por ejemplo de la reforma iniciada por San Francisco de Asís en la Iglesia. Se lee en el Nuevo Testamento, en la Carta de Santiago: «La religión

5 Tíscar Espigares Pinilla

auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre es esta: atender a huérfanos y viudas en su aflicción y mantenerse incontaminado del mundo» (St 1, 27). Es un texto iluminador que indica cómo toda religión se debe poner la pregunta sobre su purificación, es decir, sobre su santidad vivida, y que además identifica la religión pura con la misericordia hacia los pobres, hacia los que no tienen protección (huérfanos y viudas) o hacia los que tienen muchas necesidades y sufrimientos. En definitiva, el texto afirma que el hombre y la mujer religiosos están llamados a mantenerse puros ante el mal del mundo, venciendo entre otras cosas la tentación de dejar de lado a los pobres. Las religiones saben vencer esa tentación cuando se fían de la misericordia de Dios y ellas mismas practican la misericordia sin excluir a ningún hijo de Dios.

Asimismo, también hay que reconocer que los pobres representan una ayuda para las diferentes religiones, pues abren un espacio para la generosidad más allá de las fronteras de cada una de ellas. Es una bella experiencia en este sentido las numerosas ocasiones de colaboración en el servicio a los pobres que la Comunidad de Sant'Egidio vive con creyentes de otras religiones, como la preparación de comida para las personas sin hogar realizada por amigos musulmanes durante el Ramadán o la tradicional aportación de alimentos para los pobres que la comunidad hinduista de Madrid realiza fielmente desde hace varios años.

Los pobres son un pueblo que no hay que olvidar ni suprimir. Es más, el hecho de mirarles a la cara, tratando de ayudarles de forma misericordiosa, es hoy una gran ayuda para las religiones. Ser capaces de escuchar su grito, las hace capaces de escuchar con un corazón más puro los mensajes divinos contenidos en los textos sagrados. Ser capaces de comprender las necesidades de los pobres hace capaces de comprender con más intensidad las exigencias de la propia fe religiosa. Ser capaces de dejarse tocar por sus problemas, hace capaces de elevar una oración más insistente al Dios de toda misericordia. En realidad, los pobres que llaman a las puertas de las religiones son una verdadera ayuda para la práctica de la religión.

Hay un inmenso patrimonio espiritual que puede contribuir al futuro de la cultura y de la existencia humana que nace de la amistad con los pobres. Es muy normal ver a los pobres sentados a las puertas de las iglesias. En realidad, no están sentados ante la puerta, sino que son la puerta para llegar a Dios, a ese Dios que nos pregunta siempre: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4, 9). Los pobres nos muestran a Dios. Ellos son testigos y maestros de la fe en su forma más concreta, porque son los últimos, los pequeños, los marginados, los olvidados, las víctimas, los que sin voz gritan por la justicia, los hambrientos, los que sólo pueden contar en Dios. Las religiones no pueden olvidar nunca la centralidad de los pobres en su misión. Los pobres son la puerta santa. Son la más santa de todas las puertas santas.

2. Religiones en diálogo al servicio de los pobres

El amor por los pobres une a los creyentes de las diferentes religiones en la caridad, para que el escándalo de la división pueda ser derrotado. Afrontar juntos los problemas de los pobres no sólo ayuda a resolver los problemas de los pobres, sino también a que los creyentes de los diferentes credos vivan la unidad y se piensen juntos.

Sin duda el siglo xx ha sido testigo de dos acontecimientos que han marcado profundamente el rumbo del diálogo entre las religiones. En primer lugar, el Concilio Vaticano II, con la declaración *Nostra aetate* (octubre de 1965), marcó de forma clara una nueva actitud de la Iglesia hacia las religiones no cristianas. En las páginas de este texto conciliar aparece con claridad el sueño de Dios para el mundo, presente desde la creación: la unidad de la familia humana, que todavía debe manifestarse hasta su plena realización. El segundo gran acontecimiento que ha dado un fuerte impulso al diálogo entre las religiones es el histórico encuentro en Asís del 27 de octubre de 1986 promovido por Juan Pablo II, cuando por vez primera en la historia se reunieron los representantes de las principales religiones mundiales para rezar por la paz. Este encuentro representó la primera realización concreta, la primera gran expresión de esa nueva actitud de la Iglesia hacia las demás religiones que el Concilio había indicado.

El encuentro de Asís supuso un gran cambio tanto a nivel de la vida concreta como de la teología: los líderes de las Iglesias cristianas y de las religiones mundiales se comprometían a vivir juntos y en paz ante el mundo, dando espacio a un diálogo para buscar caminos de paz -puesto que las guerras son la madre de todas las pobrezas- y rezando las unas junto a las otras, ya no las unas contra las otras, como había sucedido durante milenios. La Comunidad de Sant'Egidio, que participó en aquel histórico encuentro, ha promovido cada año, a partir de 1987, encuentros interreligiosos de oración por la paz que han tenido lugar en diferentes ciudades de Europa y del mundo, fortaleciendo lo que se ha denominado el «Espíritu de Asís». El espíritu de Asís invita al diálogo entre las diferentes tradiciones religiosas para «leer» el momento histórico y captar los «signos de los tiempos» para así poder «entrar» juntos en la visión de la unidad de la familia humana. Se lee por ejemplo en el llamamiento final del encuentro celebrado en Tirana (Albania) en septiembre de 2015, y que fue firmado por todos los líderes de las religiones mundiales allí presentes:

Conocemos el sufrimiento que provocan la idolatría del poder y del dinero, la corrupción, alejarse de Dios en nombre del yo, el consumo desenfrenado e insostenible de la creación, el dominio del hombre sobre el hombre,

5 Tíscar Espigares Pinilla

el proyecto loco de un mundo sin el otro, el dolor de guerras infinitas, contagiosas, fuera de control. 70 años después de la hecatombe nuclear y del fin de la Segunda Guerra Mundial, la humanidad parece haber olvidado que la guerra es una aventura sin retorno. Sí, las guerras parecen haberse convertido en algo normal y muchos se sienten atraídos por la terrible fascinación de la violencia. La fuerza del mal hoy afecta a millones de niños, mujeres, ancianos, familias: crea combatientes dominados por una lógica violenta y loca. Millones de refugiados se agolpan en Asia, a los bordes de Europa, y en otras zonas del mundo. Nuestro siglo XXI tiene ante sí una disyuntiva: elegir entre resignación o un futuro de esperanza, entre indiferencia o solidaridad. Tenemos que globalizar la solidaridad. Debemos abrir las puertas de nuestro corazón y nuestros países, porque no hay muros ni alambres de espinos que puedan parar la necesidad de vivir y de poder dar un futuro a los hijos. A las religiones les decimos: ayudemos al mundo a encontrar una respuesta humana a las guerras, a las migraciones mundiales, a la crisis medioambiental, a las numerosas pobreza y a la petición de sentido de muchos. Como líderes de religiones y culturas distintas sentimos el imperativo moral de ayudar al mundo a no destruirse, a no dejar morir los sentimientos de humanidad.

A través de los encuentros en el espíritu de Asís las diferentes tradiciones religiosas transmiten el mensaje de que la paz se construye en el diálogo, sin excluir a nadie. Por otra parte, las religiones viven de diálogo, porque su primera obra es la oración, que es diálogo con Dios, como decía Pablo VI⁶.

A lo largo de estos 35 años de camino ininterrumpido en el espíritu de Asís ha crecido la fraternidad entre las personas que procedían de mundos religiosos bien alejados. El diálogo ha desembocado en algo más profundo: en fraternidad y en amistad. Durante el último encuentro, que ha tenido lugar en Roma el 6 y 7 de octubre de 2021, el papa Francisco ha dicho:

Queridos amigos, estamos en este camino, cada uno con su propia identidad religiosa, para cultivar la paz el nombre de Dios, reconociéndonos hermanos. El papa Juan Pablo II nos indicó esta tarea. A algunos les pareció un optimismo vacío, pero con los años ha crecido el compartir y han madurado historias de diálogo entre mundos religiosos diferentes que han inspirado itinerarios de paz. Este es el verdadero camino. Si hay quien quiere dividir y crear enfrentamientos, nosotros creemos en la importancia de caminar juntos por la paz: los unos con los otros, nunca más los unos contra los otros.

La experiencia dramática de la pandemia del COVID-19 ha sido un acontecimiento global: ha mostrado un desafío que hay que afrontar juntos y ha hecho

6. PABLO VI: *Audiencia General del 20 de julio de 1966*, Libreria Editrice Vaticana.

crecer una conciencia más cooperativa entre las religiones. Aunque históricamente muchas tradiciones religiosas están vinculadas a historias nacionales o realidades étnicas, por la naturaleza de su mensaje han trascendido esa realidad y han percibido, por un instinto profundo y por el contacto cotidiano con los fieles, que los problemas derivados de la pandemia y la construcción del mundo post-pandémico es algo que tienen que afrontar juntas, a escala universal.

Los últimos encuentros en el espíritu de Asís, que han tenido lugar en Roma durante el tiempo de la pandemia, han mostrado cómo las religiones no se han replegado sobre ellas mismas, aislándose golpeadas por los problemas de esta gran crisis. Precisamente durante estos encuentros se ha revelado cómo los líderes religiosos han madurado con claridad la idea de que la pandemia nos lleva a todos a la necesidad de afrontar los problemas juntos. Es como si la pandemia hubiera hecho madurar en los mundos religiosos una conciencia más clara de la universalidad.

Con mucha lucidez, el patriarca Bartolomé I, del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, afirmaba el pasado octubre en Roma: *«El mundo de antes ya no existe, y tenemos en nuestras manos la posibilidad de construir un nuevo inicio, un nuevo inicio que no podrá ser más que juntos»*. Asimismo, el Presidente de los Rabinos Europeos, Pinchas Goldsmith, ha lanzado este discurso:

Si hay algo que este virus pérfido e insidioso ha enseñado al mundo es la total interdependencia de la humanidad. Aunque los países ricos vacunaran a todos sus ciudadanos, ignorando el tercer mundo, una nueva variante proveniente de allí podría hacer de la vacuna algo irrelevante y obsoleto. El COVID-19 nos ha enseñado a todos la humildad y la vulnerabilidad. La humanidad que ha sido capaz de llegar al planeta Marte ha sido humillada por esta invisible y microscópica criatura.

En esa misma línea, el gran Imán de la universidad egipcia de Al Azhar, Al Tayyeb, firmante junto al papa Francisco del documento «Sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común» de Abu Dhabi, declaró en el encuentro interreligioso de Roma de 2020:

La cura para el odio y el racismo es ese antídoto que nace del corazón, de las amargas experiencias que hemos vivido. Este antídoto es la fraternidad humana, en la que veo una sólida inmunidad capaz de afrontar las epidemias intelectuales y morales. El concepto de fraternidad humana no significa que nos contentemos con aceptar al otro, sino que luchemos por su bien y por su seguridad, que rechacemos discriminarlo a causa de cualquier diferencia, y que no ahorremos esfuerzos en difundir estos altos principios entre la gente. El advenimiento del coronavirus ha anunciado al mundo la muerte de la globalización que había dividido al mundo, separando a los seres humanos, alejando la moral y los valores,

y marginando la religión. Hoy ha llegado para nosotros el momento de adoptar una nueva globalización, basada en la fraternidad humana, que promueva la igualdad de todos los seres humanos. Curemos juntos las heridas de la humanidad, volvamos a descubrir los valores de la misericordia, la justicia y la tolerancia. Hagamos que vuelva a los rostros de la gente esa sonrisa arrancada por las guerras y los conflictos. Quizá estos sueños son ambiciosos, pero concretarlos no es difícil para Dios Altísimo, si creemos en Él y en la fraternidad humana, a la cual hemos sido llamados para sembrarla en las almas de nuestras sociedades y de las generaciones futuras.

El COVID ha sido una lección de humildad para los creyentes, que se han descubierto en la misma barca de la humanidad, junto a los demás. Este es un gran signo de esperanza. Las religiones llaman a todos a la conciencia de que el comportamiento de cada uno no es irrelevante, sino decisivo para la salvación propia, de los demás y de la tierra. De esta forma, un mundo nuevo que sustituya al mundo acabado con la pandemia puede comenzar a partir de cada uno. Las religiones pueden ser el origen de un movimiento de fraternidad como el que el papa Juan Pablo II soñó en 1986.

3. Una mirada al futuro. Después de la pandemia: «Todos estamos en la misma barca»

¿Cómo establecer las bases para un mundo nuevo mientras todavía están abiertas las heridas provocadas por la pandemia? Hay heridas graves, profundas, de las que ningún pueblo ni ninguna nación se han librado: el altísimo número de muertos (especialmente de ancianos), el elevado número de personas que han perdido el trabajo, niños y jóvenes sin escuela; una crisis social muy difusa. Todas estas heridas tocan el cuerpo de la humanidad entera, y las religiones tienen una gran responsabilidad en dar una respuesta que ayude al mundo a curarlas. «*Nadie se salva solo*», afirmó solemnemente el Papa Francisco en el momento extraordinario de oración del 27 de marzo de 2020. Este es el punto de partida. Pero si es verdad que nadie se salva solo, ¿cómo se puede empezar juntos? Es necesario explorar los caminos para un futuro en el que la fraternidad humana y el cuidado de la creación vayan juntos, puesto que la pandemia nos ha encontrado, como dijo el papa Francisco en aquella ocasión:

Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de

los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo⁷.

Es necesario volver a comenzar sobre bases nuevas para no desperdiciar la ocasión de esta gran crisis mundial, para que nazca un nuevo inicio de verdad y no una historia de degradación, o peor aún, que separe todavía más a los seres humanos. Es responsabilidad de todos, pero de manera muy especial de las religiones, comunidades de hombres y mujeres de credos diferentes. Ninguna religión está sola en esa responsabilidad, sino que juntas pueden afrontar este desafío. No se trata de discutir cuestiones doctrinales o dogmáticas, es una cuestión del futuro, del futuro de los jóvenes y del futuro del mundo.

Nicolás de Cusa, un gran humanista del siglo xv, ya hablaba del encuentro de personas de diferentes religiones como de un «concilio en el cielo», hoy urge realizar ese concilio celestial en la tierra. Hay emergencias sociales y humanas muy relevantes. Las religiones no se pueden encerrar en sus mundos de forma autorreferencial. El camino del espíritu de Asís ha mostrado con los años la gran contribución a la paz en muchos lugares. Este camino ha generado una simpatía entre las religiones que representa una novedad única en la historia. Es importante mostrar con valentía esta visión por el bien del mundo en este tiempo de divisiones y de fortalecimiento de tantos «yos» prepotentes. Las religiones se lo deben a los más pobres, a los más vulnerables, a los pequeños, a los que sufren. Los pobres son los invisibles que más aspiran a la paz y el bien, y lo invocan en su silencioso grito que muchos hombres no escuchan. Esta es la tarea de las diferentes religiones en este tiempo: escuchar la invocación de paz y de bien que viene de los pobres y hacerse portavoces de ellas ante Dios y ante los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.

7. FRANCISCO: *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia*. 27 de marzo de 2020. Libreria Editrice Vaticana.



 ***Caritas
Española***

Editores

Embajadores, 162 - 28045 MADRID
Teléfono 914 441 000 - Fax 915 934 882
publicaciones@caritas.es
www.caritas.es